

Políticas culturales y comunicación popular en el gobierno de Salvador Allende. La intervención política intelectual de Armand Mattelart.

Zarowsky, Mariano.

Cita:

Zarowsky, Mariano (2009). *Políticas culturales y comunicación popular en el gobierno de Salvador Allende. La intervención política intelectual de Armand Mattelart*. V Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-089/116>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ezpV/gSc>

Instituto de Investigaciones Gino Germani. 5° Jornadas de Jóvenes Investigadores. 4, 5 y 6 de noviembre de 2009. Eje problemático: Producciones y consumos culturales. Arte y estética.

“Políticas culturales y comunicación popular en el gobierno de Salvador Allende (Chile, 1970-1973). La intervención político intelectual de Armand Mattelart”.

Por Mariano Zarowsky

Esta presentación es parte de un proyecto de investigación más amplio que aborda, desde la perspectiva de la *historia intelectual*, el itinerario de Armand Mattelart, un teórico e investigador de origen belga, referente de los estudios en comunicación en América latina. Algunos de los elementos que aquí voy a exponer formaron parte de la presentación de mi tesis de maestría, donde trabajo centralmente su itinerario en lo que podemos denominar su “período chileno” (1962-1973) (Zarowsky, 2009).

Unos de los ejes problemáticos de investigación de Armand Mattelart durante los años del gobierno de Salvador Allende (1970-1973) se relacionó con el desarrollo de políticas culturales y de comunicación. El análisis del papel de la cultura y la comunicación en los procesos de reproducción y cambio del orden social, así como la promoción y la reflexión sobre las iniciativas de comunicación del campo popular, cobraban actualidad y significación en el proceso que se conoció como la “vía chilena al socialismo”. Nos proponemos aquí sistematizar los núcleos principales de la intervención de Armand Mattelart en las discusiones intelectuales que éstas experiencias generaron. Determinar la participación del autor belga en estos debates, como así también su inserción profesional en algunos de estos proyectos comunicacionales, nos permitió abordar uno de los ejes problemáticos de nuestro trabajo, en torno a las condiciones de emergencia de un conocimiento disciplinar que, entendemos, se produjo en una serie de *espacios de entrecruzamientos múltiples*, entre la universidad, el mundo cultural y la militancia política. Al mismo tiempo, esta reconstrucción nos permitió poner de manifiesto los procesos de circulación y legitimación de la figura “autor” Mattelart como referencia en los estudios en comunicación en los años setenta.

El punto de partida: la burguesía domina la dinámica de los medios

Ya desde la campaña electoral que consagraría a Salvador Allende como presidente, la cuestión del rol de los medios de comunicación en el proceso de cambio se instaló con vigor en la agenda de los debates políticos y académicos en Chile. El programa electoral de la Unidad Popular consideraba la transformación de los medios masivos de comunicación un factor fundamental para la formación de una “nueva cultura”. En ese sentido proponía tomar medidas tanto para liberar la comunicación de su carácter comercial y eliminar la presencia de los monopolios, como medidas para que las organizaciones sociales dispusieran de ellos y les imprimieran “una orientación educativa” (Programa de la Unidad Popular, 1970). Pero al poco tiempo de conocido el resultado electoral de septiembre de 1970 comenzaron a manifestarse los límites y contradicciones del proyecto. En los protocolos de acuerdo entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana se firmaron una serie de convenios: la DC aseguraba los votos parlamentarios a Allende y la Unidad Popular se comprometía, entre otras cuestiones, a respetar “la libertad de expresión”; esto significaba dar un régimen de excepción a los medios de comunicación de masas en relación con el programa que proyectaba pasar una parte de la actividad económica al “área de propiedad social”. Los medios sólo podrían ser expropiados mediante una ley especial, quedando la alternativa de su adquisición comercial.

Este escenario no se modificaría sustancialmente en los años siguientes, por lo que Allende gobernaría prácticamente con una estructura de medios hegemónica por el criterio comercial y una línea editorial opositora. Así, los sectores dominantes convirtieron a los medios de comunicación en una herramienta eficaz para preparar su ofensiva ideológica y organizar la movilización de masas que finalmente le daría legitimidad a la conspiración y el golpe de Estado (Mattelart, Mattelart, 1977). El gobierno, fiel a su compromiso con los acuerdos parlamentarios y la “vía democrática” al socialismo, mantuvo en líneas generales los principios de “libertad de expresión” y se rehusó a modificar sustancialmente el mapa de propiedad de medios.

Ahora, si bien muchos protagonistas en el campo de la izquierda advirtieron por lo que entendían era una subestimación del frente cultural o comunicacional por parte del Gobierno y las fuerzas populares, lo cierto es que no faltaron experiencias que se encontraron con el desafío de emprender una transformación de la comunicación en el

horizonte de la creación de una nueva cultura. En un escenario marcado por el predominio de la lógica comercial de los medios y una industria cultural bastante extendida –y que llevaba años moldeando las expectativas del público– el desafío era inmenso y también novedoso en relación con anteriores experiencias socialistas en el Siglo XX, que edificaron sus políticas culturales en un marco menos permeado por dicha industria.

Editorial Quimantú: entre la democratización cultural y la cultura de la movilización

La experiencia de la Editorial Estatal Quimantú quizás fuera una de las más singulares en materia cultural del proceso de la UP, pues en ella se expresaron algunas de las tensiones y dilemas que atravesó el campo cultural y, de alguna manera y visto desde esta óptica, el proyecto global de la *vía chilena*. La editorial Zig Zag, por entonces una de las más grandes e importantes de Latinoamérica, había sido comprada por el Estado en Febrero de 1971 a partir de un conflicto entre los trabajadores y la empresa (Albornoz, 2005, Bergot, 2005).

Quimantú se enfrentó al desafío de contribuir a la creación de la “nueva cultura” en el marco –y con los materiales– de una industria cultural medianamente desarrollada, que hacía años que conformaba los gustos y las expectativas de sus consumidores. Por otra parte, a diferencia de lo que podía ocurrir con otros medios de comunicación –la prensa o la radio, donde cada partido o corriente política de izquierda podía tener su propio órgano de expresión–, en el seno de Quimantú se expresaron diferentes opciones en relación con la política cultural, que no eran sino diferencias en torno a la estrategia para la transición. Asimismo, la experiencia significó uno de los tantos nexos entre la actividad académica y las prácticas vinculadas a la elaboración de alternativas en materia de cultura y comunicación, que se daría a partir de la inserción de una cantidad importante de científicos sociales o docentes universitarios en el asesoramiento de la editorial.

Los perfiles de sus secciones y publicaciones expresaron los diferentes énfasis que los partidos de la UP hacían en materia de política cultural, pues la editorial fue dividida en una serie de departamentos cuya dirección respetaba el “cuoteo” entre las fuerzas políticas gobernantes: el departamento editorial a cargo del escritor Joaquín Gutiérrez (Partido Comunista) estaba dividido en dos secciones, una para las publicaciones de ficción y otra para las “Publicaciones Especiales”, ésta última a cargo de Alejandro Chelén Rojas (Partido Socialista). También tenían su lugar en la estructura de la editorial las secciones destinadas

a las revistas infantiles y educativas y las correspondientes a las publicaciones informativas y periodísticas. En la publicación de libros se destacaba la colección “Quimantú para todos”, que se proponía ampliar el acceso de las masas a ciertos bienes culturales acercando, a bajo costo, las obras clásicas de la literatura, sobre todo latinoamericana, a un amplio público de lectores.¹ En la sección de libros políticos se destacaron la colección dirigida por Alejandro Chelén Rojas, “Clásicos del pensamiento social,” que publicaba sobre todo textos marxistas leninistas con el objetivo de “armar ideológicamente a los nuevos cuadros políticos (...) los militantes jóvenes de los partidos populares” (Rojas, 1972) y los “Cuadernos de educación popular”, dirigida por Marta Harnecker y Gabriela Uribe que, con el objetivo de “educar y elevar la conciencia de los trabajadores”, trataban aspectos centrales de la coyuntura política desde la óptica y la divulgación de los clásicos del marxismo leninismo (Harnecker, Uribe, 1971).

A riesgo de simplificar, podemos decir que encontramos una línea representada en buena medida por el PC, tendiente a la “democratización cultural” que se planteaba la extensión de las posibilidades de acceso del público a determinados bienes culturales. Otra línea, representada por el PS, pretendía promover la educación política con fines de concientización y movilización popular. No exageramos si decimos que las diferencias en materia de política editorial y cultural eran una suerte de traducción de las divergencias en torno a la estrategia política general.²

Pero probablemente haya sido en el campo de las publicaciones masivas –revistas periodísticas, infantiles, historietas–, donde se plantearon de modo más explícito las divergencias de criterios para afrontar la tensión entre la “vieja” y la “nueva” cultura o, dicho en otros términos, el contraste entre las formas heredadas de la vieja editorial y los

¹ Si bien señala la dificultad de acceder a estadísticas y documentación, Solène Bergot estima que Quimantú llegó a editar 11 millones de libros y a vender unos 10. Señala que Chile por entonces contaba con 8,8 millones de habitantes.

² En relación a su estrategia política general y a riesgo de ser algo esquemáticos, podemos decir aquí, brevemente, que los partidos que hegemonizaban la Unidad Popular eran el Partido Socialista y el Partido Comunista. Aun con diferencias, tanto Allende como el PC y otros partidos menores coincidían en un programa cuya estrategia se mantenía en el marco del sistema democrático, proyectando, según lo fuera permitiendo la acumulación de fuerzas, el tránsito gradual al socialismo. Por otra parte, sectores del Partido Socialista –que habían modificado su posición hacia una “vía insurreccional” a partir de la revolución cubana– junto al MIR (fuera del frente) proponían una estrategia insurreccional de enfrentamiento “clase contra clase” y la conformación de un “poder popular” (Moulián, 1993).

nuevos contenidos que se pretendía expresar. Armand Mattelart se involucró activamente en esta experiencia y en sus debates.

Las tensiones del cambio cultural

¿Qué es “recuperable” en los diversos medios que manejamos y qué definitivamente no lo es?, se preguntaba Armand Mattelart en abril de 1971 en las páginas de los *Cuadernos de la Realidad Nacional* (Mattelart, 1971a). En este artículo, escrito previamente a su incorporación a Quimantú, el autor belga formulaba una serie de interrogantes en relación con las condiciones para crear un medio de comunicación que acompañara el proceso de cambio y se preguntaba –en relación con las *fotonovelas*, o los *comics* que tomaba como ejemplo– en torno a la posibilidad y eficacia de establecer modificaciones en los contenidos de los mensajes manteniendo inalteradas las formas; en otras palabras, se preguntaba por la conveniencia de sustituir por “nuevos valores” la visión “mistificada” de la realidad que, suponía, transmitían este tipo de publicaciones. ¿Acaso el “período de transición” tuviera alguna especificidad y fuera posible y conveniente –en el camino hacia la creación de una “nueva cultura”– utilizar las formas heredadas pero invirtiendo la orientación de sus contenidos? “Con la forma que manipulaba el medio burgués”, sintetizaba Mattelart el interrogante, se trataría paulatinamente “de hacer pasar un nuevo contenido”. El problema no era sencillo y no aceptaba soluciones fáciles. Mattelart advertía que esta posibilidad no podía ser aceptada sin indagar sus implicancias y presuposiciones pues, señalaba, recurrir a “formas expresivas creadas por la antigua sociedad” y “connotadas por su uso mercantil” para transmitir contenidos que nieguen los valores de dicho sistema no dejaba de constituir una “contradicción cuyas diversas facetas y ramificaciones” llamaba a investigar.

El segundo eje que, a grandes rasgos, organizaba las propuestas de Armand Mattelart en materia de las producciones masivas de Quimantú se vinculaba a la idea de los “talleres populares”, una serie de encuentros de evaluación que aspiraba a conocer no sólo el tipo de recepción por parte de los lectores sino, fundamentalmente, integrarlos paulatinamente al proceso de producción de los mensajes. Partiendo del criterio que sintetizaba en el lema “la devolución del habla al pueblo”, Mattelart señalaba que los talleres populares permitirían quebrar la unidireccionalidad y el carácter cerrado, “envasado” de los mensajes, de modo que, “lanzado por su emisor a las ‘masas’ [retornaría] a su emisor, desalienado y

enriquecido (...). La idea de los talleres populares se planteaba como modo de romper la estratificación al interior del proceso de producción, para que el grupo que esté encargado de la realización de una historieta, por ejemplo, discutiera “en conjunto la realización de su trabajo con un objetivo cultural explícito”. En su propuesta, imaginaba “talleres situados en poblaciones, barrios obreros, nuevas unidades agrícolas”, con la idea de crear “nuevas estructuras comunitarias” donde insertar la práctica comunicativa. De algún modo, las indicaciones señaladas aquí por Mattelart orientaron los primeros pasos en la modificación de algunas publicaciones de Quimantú.

En efecto, al poco tiempo de la formulación de estas propuestas fue creada la “Sección de Investigación y Evaluación en Comunicaciones de Masas”. Armand Mattelart se incorporó a la editorial y dirigió el equipo que integraban René Brussain, Abraham Nazal y Mario Salazar. La sección, creada formalmente en agosto de 1971, tenía como tarea estudiar las publicaciones periódicas en Quimantú. Paralelamente se conformó en la editorial el *Equipo de Coordinación y Evaluación de Historietas*, un grupo integrado por jóvenes sociólogos y especialistas en literatura (algunos de los cuales habían sido alumnos de los seminarios de Mattelart y/o los cursos de Ariel Dorfman) que se propuso interactuar con guionistas, dibujantes y letristas para formular modificaciones en las historietas y adaptarlas a los objetivos del proceso cultural (Jofré, 1974). Los cambios propuestos iban desde la modificación de las formas y contenidos de las revistas heredadas de la editorial Zigzag –que por razones comerciales se seguían publicando– a la creación de historietas nuevas, con nuevos personajes, estructuras y conflictos (Nomez, 1974).

Pronto se manifestaron tensiones y dificultades. Algunas revistas vieron disminuir número a número su nivel de ventas, una situación que indicaba en parte el rechazo del público a la modificación de sus expectativas de lectura. También afloraron conflictos al interior del propio proceso de producción de las publicaciones que –en parte siguiendo algunas de las propuestas de Armand Mattelart– se pretendía transformar. El equipo de Coordinación y Evaluación de Historietas promovió ciertas modificaciones en la organización del trabajo con el fin de articular las distintas etapas de la elaboración, haciendo participar a los distintos profesionales –dibujantes, letristas, guionistas– en la discusión y concepción de las revistas. Los “asesores” daban cuenta de la dificultad para lograr que los realizadores aceptaran sus propuestas y modificaran tanto los contenidos y

las formas de sus producciones como, sobre todo, sus modos de trabajo. En su representación los guionistas y dibujantes –en su mayoría heredados de la antigua editorial– no comprendían los objetivos de las nuevas propuestas: reivindicaban la “libertad de creación artística” o rechazaban las nuevas reuniones de equipo, pues les resultaba un trabajo extra no remunerado. Es que los equipos de asesores se imaginaban a sí mismos como una suerte de vanguardia concientizadora (Nomez, 1974, Jofré 1974). Por oposición, los “realizadores” entendían que los “sociólogos” “ideologizaban” y “politizaban” al extremo unos materiales culturales que en su opinión no debían dejar de cumplir con una función de entretenimiento. Por su parte, los trabajadores de la imprenta –lectores de los materiales que editaban y de algún modo sus primeros “testeadores”–, llegaron a señalar en alguna oportunidad a los “sociólogos” como los responsables de alterar sus expectativas de recepción: “ahí van los que vistieron a Mizomba (Tarzán)” (Navarro, 2003). El problema se acentuaba cuando directivos o imprenteros consideraban que la alteración de los materiales era la causa de la caída de las ventas y con ello el peligro para la continuidad de la empresa.

La marcha del proceso fue poniendo de manifiesto las contradicciones y los límites en las que se desenvolvía la práctica comunicativa en el marco de una organización cultural heredada. Armand Mattelart, si en un primer momento (en el artículo que referimos) había formulado la pregunta por la posibilidad de manejarse transitoriamente entre los polos que representaban la lógica mercantil y el proyecto de construcción de una nueva cultura, pronto observará que éstos se tornaban dos proyectos diferentes e irreconciliables. Así, escribía junto a Michèle Mattelart un año más tarde, en abril de 1972, un artículo donde señalaban la necesidad de delimitar el sentido de las intervenciones culturales, pues, caracterizaban que hasta ese momento habían coexistido dos proyectos: uno, que trataba de vencer al enemigo en el mercado y “permear” al público “no contagiado”, es decir, los sectores medios que la UP trataba de incorporar al espectro de sus alianzas de clase; el otro, que se planteaba “la necesidad de lograr cierta eficacia en la lucha de clases, vertida en el campo ideológico y cultural, y más generalmente en la lucha por el poder y el avance del socialismo” (Mattelart, Mattelart, 1973). Para los Mattelart la política de “ganar a los sectores medios” tenía sus costos, pues iba en desmedro de promover una comunicación que, dirigida específicamente a los partidarios del proceso de cambio, contribuyera a promover su organización y movilización. En relación con Quimantú, los autores

planteaban que la Editorial se había limitado a trabajar con los géneros y formatos heredados que –siendo modos de organizar las problemáticas y los públicos en esferas separadas y aparentemente autónomas– mantenían la apelación a un público medio (“mujeres”, “jóvenes”, “amantes del deporte”) abstraído de su inscripción social. Los autores observaban que las modificaciones introducidas en las publicaciones se habían limitado a introducir en las formas conocidas sólo elementos del “proyecto de construcción socialista”, como datos sobre organización sindical o la vida de la clase trabajadora. Así, objetaban, se terminaba ofreciendo “como espectáculo” a los sectores medios – consumidores reales de las publicaciones– temáticas y preocupaciones de los trabajadores. En este sentido los autores señalaban la necesidad de cuestionar la organización del público según criterios mercantiles, es decir, el concepto “genérico y socialmente amorfo de comunicación de ‘masas’” (Mattelart, Mattelart, 1972). Y para revertir la situación proponían una serie de modificaciones que iban más allá de las formas y contenidos de las publicaciones. Así llamaban a definir y delimitar según otros criterios las franjas de público que se pretendía alcanzar, a modificar o sustituir algunos géneros, a revisar y modificar el lugar de los productores especializados de contenidos y a la modificación del sistema de distribución, pues éste tenía como destinatario final al consumidor individual. Siguiendo las indicaciones de Antonio Gramsci respecto al carácter de una revista cultural, los Mattelart concluían, al justificar la creación de los llamados “talleres populares”, que la creación de una nueva cultura requería no sólo la elaboración de una nueva visión de mundo sino de un nuevo modo de organizarla a partir de la participación de los diversos actores sociales.

La izquierda en el laberinto: ¿cómo se expresa el poder popular en la comunicación?

Las consideraciones de Armand Mattelart sobre las políticas culturales y de medios se enmarcaban también en otros debates. A partir del triunfo de Allende, las expectativas de colocar la comunicación en favor del proceso de cambio, sumada a la preocupación por los ataques de los medios de oposición, llevó a sectores del periodismo de izquierda a profundizar sus discusiones y, sobre todo, a plantearse nuevos retos en materia de comunicación. A cuatro meses de la asunción de la Unidad Popular se advertía sobre la ausencia de una política de comunicación colectiva y se señalaba que, mientras el periodismo de derecha lanzaba una ofensiva ideológica, el periodismo de izquierda se

mantenía en una posición defensiva.³ En un artículo del semanario *Punto Final* en el que se anunciaba la realización de la Primera Asamblea Nacional de Periodistas de Izquierda, el cronista citaba extensamente un estudio sobre la “ofensiva ideológica” de *El Mercurio* que Armand Mattelart había concluido poco tiempo atrás (*Punto Final*, N° 127).

Como respuesta a la campaña que la prensa de derecha desató antes y después de la asunción de Allende, la Primera Asamblea de Periodistas de Izquierda reunió en abril de 1971 a representantes de 640 periodistas, partidos políticos y diversas organizaciones populares. Las palabras inaugurales corrieron por cuenta de Salvador Allende, quien advirtió sobre la inexistencia de objetividad periodística y sobre la necesidad de que el periodismo estableciera un compromiso más fuerte con los trabajadores y la nueva sociedad. Siempre dentro de los cauces legales (la “vía chilena al socialismo”) Allende definía los caminos que a su criterio harían posible concretar las transformaciones necesarias, dejando planteadas algunas de las tareas que, según su opinión, debería asumir el periodismo de izquierda: elevar la conciencia política de los sectores populares, intensificar la participación y movilización popular para obtener respaldo en los cambios estructurales del programa de la UP, desarrollar empresas cooperativas “de tal manera que no sólo sean los empresarios los dueños de los medios de difusión, sino todos los trabajadores que trabajan en esas empresas” (*La Nación*, Santiago de Chile, 10 de abril de 1971).

Esta última referencia al problema y las modalidades del control de los medios de comunicación anticipaba uno de los ejes centrales del debate en la Asamblea. La declaración final si bien caracterizaba que se vivía “una etapa de transición en la lucha por la socialización de los medios de comunicación” y planteaba recuperar los medios en manos de los monopolios para “las grandes mayorías nacionales”, se proponía impulsar una serie de medidas de transición tendientes a revertir la relación de fuerzas en el campo periodístico: una ley que democratizara el Colegio de Periodistas y que en ese sentido permitiera el acceso a la actividad a los trabajadores; la creación y relación de comités de la Unidad Popular en cada medio; la conformación de una Federación que agrupara a todos los trabajadores de la comunicación, entre otros. La posición de los representantes del MIR,

³ “Existe una política económica. Hay una acción de reforma agraria. Hay planes de obras públicas, de vivienda, de salubridad. ¿Y en materia de comunicación de masas?”, se preguntaba un columnista de *Punto Final* señalando la necesidad de que también las empresas periodísticas pasaran al área de propiedad social (*Punto Final*, N° 127).

que planteaban el problema del control y la estatización de los medios, quedaba relegada en un espacio donde predominaban las fuerzas partidarias de la UP (Mattelart, 1998). En líneas generales, la declaración final destacaba la importancia de la lucha ideológica en el proceso de cambio y, cuestionando las “ilusiones” que subyacían a las ideas de libertad de expresión y de objetividad periodística, llamaba a “colocar a la izquierda en la ofensiva ideológica y política para movilizar a las masas”, apelando al compromiso de los periodistas, a los que llamaba a “superarse profesionalmente” (*Punto Final*, N° 129).

Por intermedio de Augusto Olivares, periodista, colaborador de *Punto Final*, director General de la Televisión Nacional y asesor del presidente Allende, Armand Mattelart fue invitado a exponer en la Asamblea (Beigel, prensa). Su intervención, que sería luego reproducida en forma completa y publicada en un suplemento especial del semanario *Punto Final*, ya planteaba los ejes principales de lo que serían sus interrogantes en torno a los problemas que el proceso de transición le formulaba al periodismo y la comunicación. En efecto, Mattelart partía señalando una dificultad inicial: la comunicación de masas era el dominio donde menos habían ahondado los estudiosos marxistas y, si bien existían estudios sobre su contenido ideológico (por empezar sus propios trabajos), se comprobaba “el vacío más absoluto” cuando se trataba de indagar “y configurar los requisitos de la transformación revolucionaria de los medios de comunicación de masas” (Mattelart, 1971b). Para abordar este interrogante, el investigador belga proponía en primer lugar un diagnóstico de la “ofensiva ideológica” de la prensa contra Allende y describía algunos de los elementos que, a su juicio, caracterizaban la “naturaleza” de la “actividad comunicativa de la burguesía”.

En esta perspectiva subyacía un planteo radical que Mattelart irá consolidando y desarrollando durante el laboratorio chileno: si se pretendía transformar y colocar la comunicación en el horizonte de la construcción de la sociedad socialista, la interrogación sobre el carácter de la práctica comunicativa requería en primera instancia “desnaturalizar” su carácter, es decir, entenderla como una forma configurada históricamente en el marco de determinadas relaciones sociales. En este sentido, en su intervención apuntaba a las reglas de construcción de “lo noticioso” (gobernado por un principio sensacionalista que respondía a la lógica mercantil) y, sobre todo, a la forma de organización de la práctica periodística que, aun en las expresiones de izquierda, suponía una escisión entre el

periodista –puesto en el lugar de representante– y las masas, el sujeto de la noticia. Desde este punto de partida pensaba las transformaciones que poco tiempo después sintetizará con la expresión “la devolución del habla al pueblo”.

Si bien Armand Mattelart se insertaba en las zonas de debate que se planteaban desde la izquierda, de alguna manera ampliaba el eje de una discusión que, en líneas generales, giraba en torno al problema de la propiedad o el control de los medios y la apelación a mayores niveles de compromiso por parte de los periodistas. Así, si bien acordaba con que uno de los objetivos de la etapa debía ser el control de los medios por los trabajadores, sostenía que ésta no podía “constituir la meta exclusiva de la revolución en el medio de la comunicación de masas”. En otras palabras, no se podía solucionar su transformación sólo trasladando la lógica con que se pasaban empresas al área de propiedad social pues, lo que caracterizaba a las empresas de comunicación era que producían mercancías que eran, al mismo tiempo, “poder de formación de las conciencias”. Esta especificidad hacía que el problema de los medios requiriera una interrogación diferenciada respecto a las premisas que orientaban el pasaje de empresas al área social de la economía. Podría formularse de este modo: ¿cómo se expresa la estrategia de *poder popular* en materia de comunicación? Al igual que en material de política cultural, en el plano del periodismo y la comunicación la propuesta de Mattelart se estructuraba en el principio de que el pueblo se convirtiera paulatinamente en elaborador de sus noticias. Las “células de información” y los “corresponsales obreros” organizados en los ámbitos laborales y militantes –ideas tomadas de las concepciones leninistas–, serían la base para la formación de espacios que, a partir de analizar críticamente la prensa y elaborar la propia información, podrían contribuir a la *formación de una infraestructura cultural y una forma alternativa de organizar la comunicación*.

La ofensiva ideológica de la reacción profundiza los interrogantes

A medida que la Unidad Popular se fue consolidando en términos electorales e institucionales, las clases dominantes modificaron su estrategia de oposición, que pasó de la confrontación en el marco del sistema institucional a la construcción de una estrategia insurreccional que culminó, finalmente, en el golpe de Estado en septiembre de 1973. Esta

política exigía un intenso trabajo de preparación ideológica: la prensa se convertirá, en el análisis de Mattelart, en un “organizador colectivo” puesto a fabricar la “línea de masas” de las clases dominantes (Mattelart, Mattelart, 1977).

En el campo de las fuerzas de izquierda el problema no pasaba desapercibido. Una y otra vez se iría reconociendo las falencias en las políticas de comunicación y el deficiente papel de la prensa en la batalla ideológica; pero la reiteración del diagnóstico no se expresaría necesariamente en acuerdos para elaborar una política global. En cada ocasión que la confrontación política se agudizaba y tornaba crítica para las fuerzas populares el periodismo y las fuerzas de izquierda volvían a señalar y denunciar sus propias limitaciones.⁴

En este marco, el semanario *Chile Hoy*, dirigido por Marta Harnecker, dedicó dos secciones especiales de sus primeros números, en junio de 1972, a problematizar y “discutir el papel de la prensa en el proceso de transformaciones” (*Chile Hoy*, N°4 y N°5, 1972). La revista le daba la palabra a dirigentes fabriles y campesinos, quienes realizaban un pedido para que los periodistas “no se desvinculen de las masas” y se quejaban de que no tenían “ni una hojita para publicar”; también firmaba una nota el teórico “dependentista” Theotonio Dos Santos, quien cuestionaba lo hecho hasta entonces en materia de prensa por parte de la izquierda.

El artículo más destacado del dossier era la entrevista a Armand Mattelart y su equipo de Quimantú (*Chile Hoy*, N°5). La conversación giraba en torno a lo que se entendía era la falta de una política global de la izquierda pues, se señalaba –aunque los entrevistados no expresaban posiciones necesariamente homogéneas–, que la política comunicacional promovida desde la UP se había centrado en “ganar” o “apaciguar” a los sectores medios. No se había considerado, señalaban, como punto de referencia la posibilidad de que la prensa se convirtiera en un vector de concientización y movilización de los trabajadores. Mientras la izquierda seguía apelando a una noción estrecha de la política que no entraba “en la sensibilidad, en lo cotidiano de la gente”, analizaba Mattelart, la derecha estaba politizando a través de los medios de comunicación y en función de su proyecto de

⁴ No podemos extendernos aquí en la documentación. Dejamos referencia de los artículos y opiniones de diversos actores políticos, incluidos representantes de los distintos partidos de la Unidad Popular, que señalaron esta cuestión: *Punto Final*, Santiago de Chile, N° 150, 1 febrero 1972; *Punto Final*, Santiago de Chile N° 175, martes 16 de enero de 1973; *Punto Final*, Santiago de Chile, N° 169, 24 de octubre de 1972.

movilización áreas de la vida cotidiana que tradicionalmente había excluido de sus representaciones sobre la política (“la mujer”, “los niños”, “la ciencia”).

Probablemente, como veremos a continuación, algunas experiencias populares que se desarrollaron a partir de 1972 y más allá de la estrategia de los partidos que componían la Unidad Popular, contribuirían a indicar posibles alternativas.

La respuesta popular: la toma del Canal 9 de Televisión y la prensa de los cordones

La respuesta a la huelga de los empresarios camioneros de octubre de 1972 que paralizó el abastecimiento de mercaderías en todo el país fomentó un salto en la organización de las fuerzas populares, abrió las posibilidades para que se desarrollaran formas novedosas de organización política, como los cordones industriales, al mismo tiempo que consolidó estructuras ya existentes (Touraine, 1974). La crisis potenció tanto el conflicto en los medios de comunicación donde se disputaban el “control” los partidarios de la UP y los de la “reacción”, como el surgimiento de nuevos medios en el seno de las organizaciones obreras y populares, como *la prensa de los cordones*, que nacían como alternativa a las propias formas de comunicación en el campo de la izquierda.

En efecto, los conflictos se desataron inmediatamente en aquellos diarios donde los trabajadores habían desarrollado en anteriores oportunidades formas de lucha por el control del medio. Durante la crisis de octubre un grupo de periodistas del diario *Sur* de Concepción le manifestó al director su disconformidad con la publicación de avisos que llamaban al cierre de comercios y apoyaban la huelga de camiones, puesto que contravenía las disposiciones legales sobre la publicación de noticias en zonas de emergencia dictadas a partir de la crisis. Las “razones comerciales” que el director esgrimió como justificación se vieron desmentidas cuando pocos días después él mismo se negó a publicar avisos favorables al gobierno. En respuesta los trabajadores tomaron el diario. Con el nombre de su periódico de circulación interna, “Surazo”, lanzaron durante 15 días una publicación de orientación revolucionaria pero, según los protagonistas, abierta a todas las corrientes de izquierda. Los periodistas contaron con el apoyo de las organizaciones populares de la zona, puesto que pretendían que las noticias provinieran en buena medida de ellas. Luego de

la “normalización” del conflicto por orden judicial, se evaluaba que esto se había logrado en casi un 40% de las notas.⁵

Probablemente las limitaciones de esta experiencia junto a la del diario *La Mañana* de Talca (que también después de ser tomado por sus trabajadores y puesto a circular con un cambio de orientación fue devuelto a sus dueños por orden judicial) contribuyeron a que la toma del Canal 9 de la Universidad de Chile se orientara en otra dirección. Desde enero de 1972 hasta el 9 de septiembre de 1973, el Canal estuvo bajo control de sus trabajadores, tanto en lo referente a los contenidos de la programación como en la gestión técnica y administrativa. El conflicto se desató a partir de la decisión del Rector de la Universidad, el democristiano Edgardo Boenninger que, en un intento de imprimir una línea favorable a la oposición (el Canal 9 era reconocido como “el canal de los trabajadores” sobre todo por su papel en la campaña electoral de 1970) llamó a concurso para renovar los cargos del plantel de periodistas.⁶ Luego de negociaciones con el Rector y discusiones entre las distintas corrientes políticas, finalmente los sectores del sindicato que respondían al PC y al PS se inclinaron a favor de la toma del canal. Pronto la reacción por su defensa consiguió una movilización de trabajadores, campesinos, estudiantes, sindicatos y comandos comunales que reunió a miles de personas que llenaron las calles aledañas al canal como muestra de solidaridad. El resultado de este apoyo fue que se incluyera en el comité de defensa de la toma del Canal a distintos sectores, como la CUT, organizaciones de estudiantes y pobladores –según un cronista de *Punto Final*– “con igualdad de derecho para decidir la conducción de la lucha”. Por primera vez en el proceso de movilización popular, se señalaba, se hacía “extensivo al pueblo un problema de las comunicaciones de forma conciente y organizada”. El cronista evaluaba que la movilización por la defensa del canal marcaba “una nueva tónica en la izquierda” que así se abría “paso a las masas” (*Punto Final*, N°177).

⁵ Para seguir la cronología del conflicto. “Declaración de la Primera Asamblea Nacional de Periodistas de Izquierda”, *Punto Final*, N° 129, 27 de de 1972; “La SIP encontró la horma de su zapato”, *Punto Final*, N° 169, 24 de octubre de 1972, pp. 30–32; “La batalla por la palabra”, *Punto Final*, N° 171, 21 de noviembre de 1972; *Punto Final*, N° 173, 19 de diciembre de 1972, pp. 26–27; *Punto Final*, N° 177, martes 13 febrero de 1973, pp. 6–7; *Punto Final*, N° 180, 27 de marzo de 1973, pp. 16–17

⁶ Para la cronología y la descripción de los hechos consultar, “Una pelea de la clase trabajadora”, en *Punto Final*, Santiago de Chile, N° 173, 19 de diciembre de 1972; *Punto final*, Santiago de Chile, N° 177, martes 13 febrero de 1973; “La conciliación comienza en el canal 9 de TV”, en *Punto Final*, Santiago de Chile, N° 189, martes 31 de julio de 1973 p. 29.

La movilización popular se expresó en la gestión del Canal. Los sindicatos aportaron dinero (pues los antiguos auspiciantes se iban retirando) y los trabajadores y pobladores participaron en diversas tareas de mantención llegando, en algunos casos, a aprender algunas de las labores específicas (Freire, 2008). Quizás lo más innovador de la experiencia se diera en materia de sus contenidos de programación pues, en una televisión donde predominaba la representación y participación de sectores medios, se amplió la posibilidad de tomar la palabra, logrando, en palabras de algunos de sus protagonistas, que la toma le abriera “la tribuna al pueblo y a los trabajadores”. Armand Mattelart evaluaba años después que lo ocurrido en el Canal 9 se constituyó en la única plataforma donde, en el período de la UP pudo formarse otra programación y otro modo de producción de la comunicación audiovisual; describía la experiencia como la recreación de “un Ágora” donde participaban obreros de los comandos comunales o campesinos puestos a discutir los problemas prácticos del período de transición, como la socialización de la medicina, la producción, etc. Si bien se trató de una programación en un momento de crisis y profunda movilización –por lo cual no hubo tiempo para imaginar una “programación revolucionaria” para tiempos normales–, la del Canal 9 supuso, para Mattelart, “una de las únicas experiencias revolucionarias del mundo donde los obreros empiezan a imaginar con los periodistas, con los realizadores de la TV, otra TV” (Mattelart, 1981).

La suerte del Canal 9 no supo tener otro destino que el que corriera la propia vía chilena al socialismo. La fiesta y el drama, aquí sin solución de continuidad, pronto se convirtieron en derrota. Amparado en la legislación vigente, el Rector de la Universidad de Chile consiguió autorización judicial para emitir desde una nueva señal, el Canal 6, cuya salida al aire logró fracturar la planta de trabajadores del 9, pues muchos se pasaron a la nueva emisora. A esta iniciativa le siguió el fallo judicial que pedía el desalojo del edificio tomado. Finalmente, pocos días antes del golpe, Allende envió un mensaje al Canal 9: o bien previendo los dramáticos días que se avecinaban, o bien esperanzado en encontrar un camino para la conciliación, llamó a los trabajadores a que depusieran la toma. El 9 de septiembre los carabineros hacían cumplir una orden judicial de desalojo que no encontró resistencia por parte de los trabajadores. Quizás un adelanto de lo que ocurriría tan sólo dos días después.

Tal vez uno de los pocos registros que queden sobre la recepción *in situ* de la programación del Canal 9 fueran los “testimonios” de los trabajadores organizados en los cordones industriales recogidos por Armand Mattelart en entrevistas y conversaciones que realizó con los obreros de los cordones industriales desde julio de 1973 hasta el día del golpe. Entre otros, “Aurora de Chile”, “Tarea Urgente”, “Puño Obrero”, fueron periódicos que se conocieron como la *prensa de los cordones*, una prensa que surgía del trabajo previo que algunos periodistas estaban haciendo en organizaciones de base y que tomó impulso a partir de octubre de 1972 con su multiplicación y crecimiento. Si bien nacía a partir de un diagnóstico crítico de las prácticas de comunicación de la izquierda, habría que entenderla como la expresión en materia de comunicación de las estrategias que promovían la construcción de un *poder popular* como modo de resolver lo que se entendía eran las limitaciones de la transición por la “vía legal” al socialismo (Mattelart, 1974).

En líneas generales, en las entrevistas, publicadas en el Número 2 de la revista *Comunicación y Cultura*, se hacía un balance de los medios en manos de las fuerzas populares a partir de noviembre de 1970. Las objeciones de los trabajadores se dirigían a los supuestos que subyacían en las estrategias de la izquierda, pues, sostenían, no cuestionaban el modelo comunicacional establecido. Algunas de las críticas se referían a la “exterioridad” del periodista respecto a las bases, a la apelación a un “lector medio” y no a los trabajadores en función de su educación política y su movilización; periódicos como *El Siglo*, o *Puro Chile*, no atacaban a sus enemigos de clase ni les daban a los trabajadores la oportunidad de participar en ellos, pues, afirmaban, se manejaban en cierto nivel “superestructural”, sin ir a la “base”. En el balance se concluía que la prensa de izquierda no estaba dirigida al trabajador, que “está viviendo el proceso”, sino a una “burguesía de izquierda” a la que se le ofrecía –como espectáculo– una “visión tranquilizadora” de los hechos. Así, los entrevistados criticaban al periodismo profesional y la lógica comercial – que se expresaba también en la recurrencia al sensacionalismo– presentes en la prensa de izquierda; por oposición valoraban los programas que daban cuenta del mundo del trabajo y del trabajador y que, entendían, le daba a éste participación y herramientas de “educación política”. Se referían al Canal 9 o programas radiales como el que se emitía por Radio Corporación todas las mañanas, que “le enseñaba al trabajador a hablarle a la base o a comportarse en una asamblea”.

Como no podía ser de otro modo, también el alcance y desarrollo de la prensa de los cordones fue limitado, dado el breve tiempo que tuvo la iniciativa para desplegarse. Poco después Armand Mattelart, evaluando la experiencia, sostenía que ésta no debía sobrestimarse sino, en todo caso, plantearse como un “índice” que señalaba de alguna manera las conclusiones que el proceso chileno le había planteado a las fuerzas de izquierda en materia de comunicación: “no hay posibilidades de un nuevo aparato de comunicación más que a partir del momento en que se crean nuevas organizaciones de masa que busquen o que encuentren nuevas formas de comunicación entre ellas o con los otros sectores en un proceso de movilización” (Mattelart, Mattelart, 1977).

Podemos decir, en suma, que la “autocrítica” en torno a las prácticas y políticas de comunicación recorría el espectro del campo popular. Los argumentos para explicar las propias limitaciones iban desde la “debilidad ideológica” de los periodistas, la subestimación del frente cultural que se le atribuía a alguna ortodoxia marxista o el predominio de la derecha en el control de los medios como consecuencia de la política gubernamental de respeto de la “libertad de expresión” y el régimen de propiedad existente. Sin negar necesariamente estas cuestiones, el análisis de Armand Mattelart se direccionaba a dar cuenta de la profundidad del problema y a indicar aspectos no abordados desde el campo popular. El investigador belga apuntaba a dilucidar una “racionalidad comunicativa” –un modo de organización del conjunto de las prácticas de comunicación surgido en el marco de determinadas relaciones sociales– cuya naturalización, aun por la izquierda, obstaculizaba las posibilidades de transformación. Al advertir sobre cómo las prácticas en teoría comprometidas con el proceso de cambio podían reproducir una norma cultural que tendía a obstaculizar su propia intencionalidad transformadora, Armand Mattelart comenzaba a esbozar un modo de concebir la comunicación que ponía en cuestión la noción abstracta de “comunicación de masas”. En otras palabras, la comunicación se concebía como algo más que un asunto de mensajes y medios: se trataba de inscribirla en un modo de organización material de la cultura en el marco de determinadas relaciones sociales de producción. La experiencia de Quimantú era una de sus referencias para la elaboración de esta perspectiva. Al mismo tiempo, observamos cómo en los cruces que se producían entre la investigación académica, la militancia política y el periodismo cultural, la figura de Armand Mattelart se iba construyendo como una referencia en los estudios en

comunicación que al mismo tiempo lo habilitaba como interlocutor intelectual de los debates político culturales.

Bibliografía citada:

- ALBORNOZ, C. (2005), “La cultura en la Unidad Popular: Porque esta vez no se trata de cambiar un presidente”, en PINTO VALLEJOS, J. (Coord.), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Santiago de Chile, LOM.
- BEIGEL, F., “Entrevista a Armand Mattelart”, enero de 2005, en *La conexión Santiago. Transferencias académicas entre Europa y América latina (1957–1973)*, Buenos Aires, CLACSO, en prensa.
- BERGOT, S. (2005), “Quimantú Une maison d’édition d’État durant l’Unité Populaire chilienne (1970–1973)”, Bulletin de l’Institut Pierre Renouvin, N° 21, printemps 2005. Disponible en <http://ipr.univ-paris1.fr/spip.php?rubrique50>.
- FREIRE A. (2008), *entrevista concedida al autor*, diciembre de 2008.
- CHELÉN ROJAS, A. (1972), “Quimantú rompe todos los moldes”, en *Punto Final*, Santiago de Chile, N° 158, martes 23 de mayo de 1972.
- JOFRÉ, M. (1974), “Las historietas y su cambio. Experiencias prácticas para la transformación de los medios en el Proceso Chileno”, en DORFMAN, A., JOFRE, M., *Superman y sus amigos del alma*, Buenos Aires, Galerna.
- HARNECKER, M., URIBE G. (1971), *Explotados y explotadores*, Santiago de Chile, Quimantú.
- MATTELART, A. (1971a), “Lucha de clases, cultura socialista y medios de comunicación masivos”, en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N°8, Santiago de Chile, CEREN, Universidad Católica, 1971.
- MATTELART A. (1971b), “La prensa de izquierda y el poder popular”, en *Punto Final*, Santiago de Chile, N° 129, martes 13 de de 1971.
- MATTELART. A. (1974), “Prensa y lucha ideológica en los cordones industriales de Santiago: Testimonios”, en *Comunicación y Cultura*, Buenos Aires, Galerna, N°2.
- MATTELART, A. (1981), “Entrevista: o contexto de Armand Mattelart”, en *Comunicação & política* Río e Janeiro, Vol 1, N°1, marzo mayo de 1981, entrevista realizada por Carlos Müller y Daniel Herz.
- MATTELART, A. (1998), *La comunicación masiva en el proceso de liberación*, Buenos Aires, Siglo XXI, [1973].
- MATTELART A., MATTELART M. (1972), “Ruptura y continuidad en la comunicación: puntos para una polémica”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, CEREN, Universidad Católica, Santiago de Chile N°12, abril de 1972.
- MATTELART, A. MATTELART, M. (1977), *Frentes culturales y movilización de masas*, Barcelona, Anagrama.
- TOURAINÉ, A. (1974), *Vida y muerte del Chile popular*, México, Siglo XXI.
- MOULIÁN, T. (1993) *La forja de ilusiones: El sistema de partidos 1932–1973*. Ediciones Flacso–Arcis.
- NAVARRO, A. (2003), “Quimantú o la propagación de los niños lectores”, Conferencia dictada el 24 de septiembre de 2003 en la Facultad de Literatura de la Universidad Católica, en <http://arturo-navarro.blogspot.com/2007/11/quimantú-o-la-propagación-de-los-niños.html>, consultado en diciembre de 2008.
- NOMEZ, N. (1974), “La Historieta en el proceso de cambio social. Un ejemplo: de lo exótico a lo rural”, en *Comunicación y Cultura* N°2, Buenos Aires, Galerna.
- PROGRAMA DE LA UNIDAD POPULAR, (1970), http://www.salvador-allende.cl/Unidad_Popular/Programa%20de%20la%20UP.pdf. Consultado en diciembre de 2008

– ZAROWSKY M., (2009) “Política y Cultura en el *laboratorio chileno*. Un itinerario intelectual de Armand Mattelart (1962-1973)”, Tesis para optar por el título de magíster en Comunicación y Cultural, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, mimeo.

Artículos periodísticos citados

- *La Prensa*, Santiago de Chile, 10 mayo 1972.
- “Los amos de la prensa en Chile”, *Punto Final*, Santiago de Chile, N° 100, 17 de marzo de 1970.
- “La sorda voz de la izquierda”, *Punto Final*, Santiago de Chile, N° 127, martes 30 de marzo de 1971.
- “La izquierda debe pasar a la ofensiva ideológica”, *Punto Final*, Santiago de Chile, N° 127, martes 30 de marzo de 1971
- “Declaración de la Primera Asamblea Nacional de Periodistas de Izquierda”, en *Punto Final*, Santiago de Chile, N° 129, 27 de abril, 1972.
- “Discurso de Salvador Allende a la Primera Asamblea de Periodistas de Izquierda”, diario *La Nación*, Santiago de Chile, 10 de abril de 1971.
- “Las deficiencias de la lucha ideológica” , en *Punto Final*, Santiago de Chile, N° 150, 1 febrero 1972.
- “La UP pone en tela de juicio a sus periodistas”, en *Punto Final*, Santiago de Chile, N° 150, 1 febrero 1972.
- “El amargo costo de la debilidad en la lucha ideológica”, en *Punto Final*, Santiago de Chile N° 175, martes 16 de enero de 1973.
- “La SIP encontró la horma de su zapato”, en *Punto Final*, Santiago de Chile, N° 169, 24 de octubre de 1972.
- “La prensa de izquierda. Examen sin concesiones (I)”, *Chile Hoy*, N°4, 7 al 13 de junio de 1972.
- “La prensa de izquierda. Análisis sin concesiones (II)”, *Chile Hoy*, Santiago de Chile, N°5, 14 al 20 de junio de 1972.
- “El periodismo revolucionario está por desarrollarse”. Hablan Mattelart y su equipo”, *Chile Hoy*, N°5, Santiago de Chile, 14 al 20 de julio de 1972.